



**MAX JARA**  
( 1886 - 1965 )

El tiempo parece haberse detenido en el apacible pueblo de casas coloniales. Para el viajero que, desviándose de la ruta que lo conduce a las ciudades capitales de provincia, encuentra este rincón apartado, resulta una hermosa sorpresa la visión de largos corredores con pilares de madera, que a la mirada fugaz se muestran como pertenecientes a una misma casa. Estamos en tierras que conservan la huella de los caballos del ejército patriota, de las acciones guerreras de O'Higgins, en el despertar de la lucha por nuestra Independencia.

El joven que, nacido en este pueblo de Yerbas Buenas en 1886, parte lleno de ilusiones hacia la capital, tan lejana en aquellos días, para seguir la carrera de medicina, encontrará en la gran ciudad un mundo muy diferente de aquel de los patios frondosos jardines, de la primavera de aromas de su fértil comarca.

Tal vez durante años guardó su sueño de llegar a convertirse en médico; y por eso, venciendo dificultades y añoranzas, se esfuerza en proseguir sus estudios hasta llegar a los cursos superiores. Pero, en algún momento, aflora en el joven provinciano su verdadera vocación, y su vida toma un rumbo diferente. Ingresa en el periodismo y se incorpora como colaborador del Diario Ilustrado. Desde el primer instante, en el desempeño de esas labores, descubre que la experiencia de comunicar sus sentimientos e ideas le da una satisfacción espiritual que no había logrado encontrar en plenitud, cuando debía sumirse en los arduos tratados científicos.

En 1909 publica su primera obra, *Juventud*, en la que revela un sentido romántico bastante tradicional, propio de los noveles poetas de la época. A partir de ese momento, Jara se concentra en su trabajo literario y periodístico. Elabora sus creaciones con un sentido de artesanía, con acuciosidad, con el rigor detallista de quien pretende dar cabo a un producto de la mayor perfección.

Max Jara fue más bien un solitario, poco adepto a cofradías y a

corrillos. Tras su jubilación en la Universidad de Chile, se retiró a vivir en una parcela próxima a Santiago.

El año 1956 le fue otorgado el Premio Nacional de Literatura. Criado en el ambiente de un pequeño pueblo de provincia, añorando tal vez esos días de la infancia campesina, vivió sus tiempos de vejez apartado del tráfico de la gran ciudad, concentrado en sus libros y sus recuerdos.

Falleció el 23 de agosto de 1965, próximo a cumplir los 80 años. No parece fácil caracterizar su obra poética.

Luis Merino Reyes, refiriéndose al escritor, señala: "Es un poeta de calidad indiscutible, el artífice de una producción escasa pero selecta, sustentada en la rigurosa emoción".

Como es sabido, el nombre de Max Jara se asocia, casi de un modo instantáneo, a su famoso romancillo de inspiración gongorina: "Ojitos de pena,/carita de luna/loraba la niña/sin causa ninguna./ La madre cantaba/ meciendo la cuna./ No llores sin pena,/carita de luna./ Ojitos de pena,/ carita de luna,/ la niña lloraba/amor sin fortuna.

La sencillez y frescura de estos versos contrasta con la de otros poemas del mismo autor, en los que sobreabundan consonancias elementales o palabras e imágenes rebuscadas. Es por ello que cabe preguntarse: ¿cuál es el valor perdurable de la creación poética de este autor de formas líricas tan dispares?.

La respuesta no parece fácil. Jara no se sintió llamado a ingresar en la corriente modernista o en tendencias posteriores a ella. Tomaba para su elaboración poética elementos más bien tradicionales y, a veces, de un exaltado romanticismo. Su poesía, como lo han reconocido importantes críticos, alcanza en ciertos poemas una efectiva belleza de ritmo. Además, pese a la reiteración de asociaciones demasiado simplistas, subyace en el contenido general de su lírica un sentimiento de ternura, una idealización del amor, que constituye el mérito principal de este retraído escritor.